
RUEDA DE PRENSA SEMANAL SOBRE COVID-19: PALABRAS DE APERTURA DE LA DIRECTORA—5 MAYO 2021

5 MAYO 2021

Buenos días y muchas gracias por participar en la rueda de prensa de hoy.

La semana pasada, más de 1,3 millones de personas contrajeron la COVID-19 y más de 36.000 murieron a causa de complicaciones relacionadas con esta enfermedad en la Región de las Américas.

Casi 40% de todas las muertes debidas a la COVID-19 notificadas en el mundo la semana pasada se produjeron en la Región de las Américas. Hoy, más países de América Latina están notificando más de 1.000 casos diarios de COVID-19 que antes y los hospitales también están más llenos que nunca.

Seguimos inmersos en plena crisis.

Canadá sigue notificando aumentos significativos en el número de casos en provincias altamente pobladas como Ontario, así como en los territorios menos poblados del Norte y Yukón, donde viven comunidades indígenas y remotas.

En el Caribe, Puerto Rico y Cuba siguen notificando cifras elevadas de casos de COVID-19, aunque el número de casos también está aumentando en muchas islas más pequeñas. Por ejemplo, Anguila notificó cerca de 70% de sus casos totales en los últimos diez días. Y en San Vicente y las Granadinas está aumentando el número de casos en las personas desplazadas tras la reciente erupción del volcán La Soufrière.

En Centroamérica, Guatemala está notificando picos importantes en el número de casos y en Costa Rica se están notificando cifras récord. En ambos países, los hospitales están llenos de pacientes, la mayoría de ellos menores de 70 años.

El número de casos está aumentando rápidamente en las Guayanas y en Argentina y Colombia, donde los recuentos semanales de casos son cinco veces más altos en comparación con las mismas fechas el año pasado. Los hospitales están alcanzando su capacidad máxima en las ciudades metropolitanas de Colombia y las tasas de mortalidad han aumentado más de 25% en la última semana.

A pesar de todo lo que aprendimos sobre este virus en un año, nuestros esfuerzos de control ya no son tan estrictos, y la prevención no es tan eficaz.

Y estamos viendo lo que sucede cuando las medidas se relajan: la COVID-19 se propaga, el número de casos aumenta, los sistemas de salud se ven desbordados y las personas mueren.

Ya nos hemos acostumbrado a esta situación sobrecogedora, pero ahora hay una gran diferencia: los propios pacientes.

Durante gran parte de la pandemia, nuestros hospitales estaban llenos de pacientes de edad avanzada, muchos de los cuales tenían afecciones preexistentes que los hacían más susceptibles a desarrollar un cuadro clínico grave.

Estas tendencias crearon una falsa sensación de seguridad entre las personas más jóvenes, quienes, aunque tenían el virus, no estaban preocupadas por los cuadros graves.

Sin embargo, basta echar un vistazo a las unidades de cuidados intensivos de toda la Región para ver que están llenas, no sólo de pacientes de edad avanzada, sino también de personas más jóvenes.

En los últimos meses, las tasas de hospitalización en menores de 39 años aumentaron en más de 70% en Chile. En Brasil, las personas de 40 años representaron el mayor aumento en la tasa de hospitalización. En algunos lugares de Estados Unidos, hay más personas de entre 20 y 30 años hospitalizadas por COVID-19 que personas de 70 años o más.

Los adultos de todas las edades, incluidos los jóvenes, están enfermando gravemente y muchos de ellos están muriendo.

En Brasil, entre diciembre del 2020 y marzo del 2021, la tasa de mortalidad se ha duplicado en los menores de 39 años, se ha cuadruplicado en las personas de 40 años y se ha triplicado en las personas de 50 años.

Esto es una tragedia de consecuencias nefastas para nuestras familias, nuestras sociedades y nuestro futuro.

El ajuste de nuestra respuesta ya se ha demorado demasiado.

Y los países deben estar preparados para lo que nos espera.

El trabajo que hizo nuestra Región para ampliar la capacidad hospitalaria en el 2020 fue excepcional. Colombia, Panamá y República Dominicana duplicaron su capacidad de camas de UCI, mientras que Chile y Perú triplicaron la suya, y México y Honduras casi cuadruplicaron su capacidad en apenas un año.

A pesar de ello, los hospitales de la Región de las Américas están peligrosamente llenos.

Con la atención y el tratamiento adecuados, es más probable que los jóvenes sobrevivan a la COVID-19, pero las hospitalizaciones pueden durar semanas y los países deben estar preparados para un aumento de la demanda.

Si el número de casos sigue aumentando a este ritmo, se espera que, en los próximos tres meses, los países de la Región tendrán que mantener la capacidad actual de camas de UCI e incluso ampliarla.

Los trabajadores de salud también necesitan apoyo después de trabajar en situación de crisis durante tanto tiempo. Si el personal no es suficiente, los países tienen que contratar y capacitar más personal de salud especializado para garantizar que cada paciente reciba la atención de calidad que se merece.

Pero tampoco se puede ampliar la capacidad de las UCI indefinidamente. Simplemente no hay suficientes trabajadores de salud que se puedan contratar y capacitar a tiempo.

Lo cual nos lleva de nuevo a nuestra mejor opción: todos debemos reafirmar nuestro compromiso con una respuesta integral basada en la prevención y con el mantenimiento de la atención de salud para la COVID-19 y otras afecciones.

Al igual que el año pasado, nuestro objetivo común debería ser aplanar la curva epidémica.

Sabemos lo que hay que hacer para lograrlo: el distanciamiento físico, el uso de mascarillas y evitar las reuniones en espacios cerrados son las claves para reducir la transmisión, especialmente ante la circulación de peligrosas variantes de interés.

Los países deben priorizar nuevamente las pruebas y la localización de contactos a nivel de la atención primaria para proteger la vida y los medios de vida de la población. También debemos recomendar encarecidamente a los enfermos que se aíslen para evitar contagiar a los demás.

Priorizar la prevención también significa realizar campañas activas de comunicación para recordar a las personas más jóvenes, en edad de trabajar, que también están en riesgo, y que tienen que protegerse, lo que incluye vacunarse cuando sea su turno.

Si bien las vacunas se están desplegando con la máxima rapidez posible, no son una solución a corto plazo. No podemos depender de las vacunas para reducir el número de casos si no hay suficientes vacunas para todos. Las vacunas son una pieza más de la respuesta integral que incluye la prevención mediante medidas de salud pública y el fortalecimiento de la preparación de los sistemas de salud.

Por eso debemos hacer todo lo posible para aplanar la curva, reducir el número de casos, salvar vidas y garantizar el acceso a las vacunas.